

panarios, mochilas de caminantes, bozales negros, espuelas de cuidado, estribos de la paciencia, riendas de reformation, cabezadas en una esquina y bocados rabiosos. Entraron en solemne paseo, haciendo á quien se debía dos reverencias y una paternidad, y dada la vuelta y media, trataron de correr la posta, lo cual se hizo á parejas de sotas con mucha bizarría. Acabada la carrera de Indias, entraron seis machos de herrero cargados de cañas de vacas, con reposteros vivos y garrotes de necios; tomaron las cañas, y en dos partes divididos empezaron el juego de quínoles, donde anduvieron en las vueltas de Guadalquivir, y en las revueltas de un mentiroso, tan bien, que se midieron á compás de música. Fué el juego calentando hasta que los padrinos de un bautismo hicieron las paces de Inglaterra, á cuyo tiempo soltaron el toro del signo, que con su braveza alegró la gente de á caballo. Y un caballero llamado y no escogido dió una lanzada de viña venturosa, porque dió al toro en el gatillo de una escopeta, y le salió á la cola del dragon; tocaron la trompeta del juicio en señal que desjarretasen, cosa fácil por ser tantos contra uno. Empezaron un caracol de escalera bien ordenado, porque el que lo guiaba sabia bien como buen guisado.

Acabadas las fiestas con el día, llevaron en solemne acompañamiento á los desposados á su casa, donde á todos se dió rica colacion de capellanía, en que hubo cajas de difuntos, canelones de disciplina, y en ricos almibares limones de carreta, peras de cama, y muchos cubiertos que nadie los veía. Amaneció el alegre día de la boda, donde juntos los huéspedes se les dió la comida siguiente. Pusieronles en mesas de escaleras manteles de muralla, cuchillos de capa, limas de herrero; sirviéronles en fuentes de piernas pan de opilados, en bollos de la frente, y roscas de tornillo; habia á un lado de la mesa una cantarera que vendia cántaros, con muy curiosos barro en la cara, y en la otra parte muchas macetas de zapatero, con diferentes flores de tabures; sirviéronles pasas de negro, un melon de un corcovado, un adobado de un colete, un picado del juego, perdigones de plomo, capones de música, gallinas que huyen, una olla del rio, con vaca de una prebenda y carnero de enterrar, manjar blanco como la nieve, y por saine de del convite algunos platos de pescado, en que hubo lenguados de guardar viñas, acedias de estómago y pámpanos de parra, y de postre conserva de una flota, con otros dulces de navajas, castañuelas de bailar, nueces de ballesta, manzanas de espadas y peros de in-

convenientes, vino quien faltaba, y aguas de diferentes chamelotes.

Alzadas las mesas y despedidos los huéspedes, quedaron en felice concordia, donde algunos días se gozaron sin celos y con amores, dulce golfo de la paz; y en medio de este sosiego se les recreció un disgusto, porque el tal caballero se resolvió á ser soldado de una pierna, y dejar su mujer á beneficio de natura, y pasando acaso un tercio de fin de abril, que iba á los estados de hondo, y vió que el capitán mandaba la jineta de silla, y el alferez llevaba la bandera para su ropa, y el sargento á la barda de una huerta. Habló al general, que era un poder para pleitos, y asentaronle la plaza de Vivarambla. Despidióse de su mujer, diciendo que por ser aquella jornada de pan no la podía excusar. Fué en una compañía de cien infantes, hijos de rey, y marchando en su hilera, que era una que vendia hilo, llegó á su viaje, donde se ofreció salir á una escaramuza picada, donde dió muchas cuchilladas de calzas, y al fin salió con dos heridas mujeres, la una en las espaldas de un monte, y la otra en la coronilla de un pastel, de que vino á morir de otra parte. Ordenó su testamento, y mandó á sus criados muchas cosas de su servicio; salió su alma de cántaro para la gloria de un vencimiento, quedó su cuerpo de libro desalmado, cual rufian, y tendido como camisa al sol; cubriéronlo con un paño que sale á la cara, y puesto en una caja de conserva, hicieron las campanillas del paladar señal por hombre con tres dobles de cientos y una sencilla mujer de Castilla.

Vinieron á su entierro frailes de haba, de la orden de Moyano, los hábitos en sus costumbres, y capillas de hornos, y en sus manos de papel velas de navío. Vinieron los niños del limbo con hañas de partir leña, y lo llevaron á cuevas arriba cuatro hermanos de padre y madre, y le cantaron las tres ánades madre. Llegaron á San Ciruelo el Verde, y vieron un hombre jugado que habia hecho un hoyo en la barba en un cementerio de un viejo, donde lo arrojaron como pelota, y se quedó como espada de Bilbao. Hechos los oficios de zapatero y sastre, pusieron sobre su sepultura una piedra de la ijada, con letras de cambio, en que decia quien las leia: Aquí no hace este caballero ninguna cosa. Llegó la triste nueva á la sin ventura Blanca, porque tuvo dos cartas de marear por dos vias, la ordinaria y la ejecutiva; cubrió su cabeza de ajo, y recogióse, donde acabó algunas cosas que tenia empezadas á trece por docena del mes del obispado en el año fatal.

DIA Y NOCHE DE MADRID,

DISCURSOS DE LO MAS NOTABLE QUE EN ÉL PASA.

POR FRANCISCO SANTOS.

DISCURSO PRIMERO.

ENOJADO se mostraba el cielo contra los mortales una confusa noche, amenazando con espantosos relámpagos, que por entre oscuras nubes se despedían, fulminados de impulsos poderosos; bramaba el viento en los cóncavos que formaba el agua, volviéndola en penachos soberbios, cuya atrevida arrogancia parece que se oponía á la conquista de los orbes celestes; y en castigo de su atrevimiento, quedaban deshechos en espuma, siendo testigos los que vagaban su dilatado reino, todos huyendo del sosiego ajeno del orden natural. Retrocedía á no ser para formar un caos confuso; los elementos se aunaron para un estrago, que es muy propio para una ofensa el juntarse los mas discordes, disponiéndose para una total ruina del globo terrestre; el granizo titubeando, medroso buscaba la tierra por asilo en semejante confusion huyendo del mar, cuya braveza se sorbia el portátil albergue viéndose aumentado su caudal. El día venia tímido ó medroso, pareciéndole que la noche se coronaba á duraciones; el fuego despedía flechas, el aire arrojaba suspiros, el mar mostraba copiosas lágrimas, y la tierra temblaba de temor; mas el cielo piadoso, atento á todo, desterrando lutos, ya dejaba ver su divino color, clareado por los visos del crepúsculo; el alba, anunciando al día, á cuya deseada vista una tropa de gente en un vaso, que sobre las aguas esperaban remedio del autor de la vida, enarbolando una blanca bandera, en cuya candidez se via un escudo rojo con las barras de Aragon, y alentando un venerable religioso redentor á unos humildes redimidos, despidiéndose de las playas de Argel al mirar sus rostros, los vió como fuera de los tormentos, risueños y llenos de gozo, que mas parecia que deliciosos entre flores estaban que no fluctuando equívocos gigantes de cristal. Ea, amigos, que ya la piadosa mano de Dios nos ha sacado del cautiverio del infel, y nos llevará al puerto deseado; pidámoselo de todo corazón postrados. Lo cual hicieron

con entrañable ansia aquellos que el día antes se habian visto debajo de la forzosa servidumbre de un moro; y ya se hallaban entre espantosos montes de agua, amenazándolos la muerte, á quien con rostro alegre esperaban.

Mucho pueden las lágrimas de un rendido corazón; pues así que acabaron su oracion, serenó el tiempo, picando una tramontana, que hizo huir los vapores que en forma de nubes servían de doseles al agua, y ya llenos de alegría adornaban aquel monte de palo de gallardetes y banderolas, levantando el estandarte de la piadosa Redencion de los religiosísimos mercenarios con trecientos cautivos, entre los cuales venia uno, á quien un moro principal habia entregado á la Redencion de gracia y sin interés, si hay gracia entre enemigos de la fe, llamado Onofre, hombre de varia fortuna, á quien dió libertad solo por su claro entendimiento, pues luego le manifiesta la lengua; ocupábale su amo en traerle á su lado, solo por oírle; tanto puede la discrecion y naturaleza; á ninguno se la negó tan del todo que dejase de enseñarle las luces del conocimiento, sin mostrarse tan escasa que le dejara inhábil. Este moro, habiéndole oído decir que su contraria fortuna no le permitía cumplirse sus deseos, que solo eran el ver la corte del gran monarca de España, Madrid, de quien le alejaba su estrella, por el grande deseo que tenia de llegar á su estancia; y así, movido el moro de sus justos deseos, como quien habia gozado de su grandeza en el tiempo que la habia pisado cautivo, le ofreció libertad en la primera ocasion que hubiese, como lo cumplió, entregándole á la piadosa Redencion, dándole dineros para que en saltando en tierra reparase su persona de lo necesario. En fin, gozando de un favorable viento llegaron al deseado puerto, donde tomando tierra, hicieron el acostumbrado reconocimiento á la amada madre, á quien postrados besaron, y desembarcados buscaron donde descansar de tantos trabajos como causa el mar; y conseguido, ordenaron su viaje, que se logró con buen

tiempo, hasta que vieron las torres deseadas de aquella gran Babilonia de España; y con los avisos que habían tenido, ya los aguardaba grande número de religiosos, acompañados de la mas lucida, mas afenta y cortesana plebe, esperando al pueblo peregrino que aquel Moisés calzado había sacado de cautiverio, todos en sus cuadrúpedes, cubiertos de negras gualdrapas, que mas parecían montes de azabache, heridos á golpes de nieve, formada de sus blancas estameñas, entraron por las calles con mucho gozo del pueblo, siguiendo á la multitud de redimidos gran tropa de piosos, hasta llegar á su casa, en cuya puerta aguardaban tantos religiosos, que parecia no había salido alguno de la casa, con su cruz y ciriales en manos de sacerdotes, y el estandarte de la redentora del mundo, María de las Mercedes.

Acabada la procesion y el recibimiento con el dia, pues parecia que solo aguardaba á que se acabase tanto regocijo para oscurecerse, sin llevar deseos de saber en qué había parado tanto festivo alborozo, Onofre, despidiéndose del padre redentor, á quien ofreció volver á visitar, salió del convento, admirado de ver tanta gente como había ocurrido á la procesion; fué pasando calles, absortos sus ojos de la grandeza de sus casas, hasta que la noche le obligó á buscar dónde recogerse; y para hacerlo mejor llamó á un mozo, que le pareció haber seguido la tropa de redimidos, á quien cortesmente suplicó le guiasse á una posada donde pudiese descansar; hizo lo el mozo á una casa, que al parecer era conocido de la gente que la vivia, pidiendo le diesen buena cama; y despidiéndose, preguntó al cautivo si se le ofrecia otra cosa en que le pudiese servir, lo haria con mucho gusto, á quien, agradecido el cautivo, dijo se quedase á cenar con él, tomando el trabajo de ir á buscarlo, y dándole dinero para ello; el mozo se ofreció á servirle, y con brevedad trajo lo bastante, con que habiendo cenado, le preguntó el cautivo dónde era su posada, y oyéndole decir era cerca, le suplicó no se fuese tan presto, conversarian un rato, y creyese le había cobrado amor, aunque en tan breve tiempo, pues no es menester tratar mucho con un hombre dócil para conocerle. El mozo con agradecimientos corteses se quedó, á quien el cautivo pidió se sirviese de decirle su nombre, patria y estado de vida, que le seria agradable, habiendo conocido su buen discurso; y el mozo, nada perezoso, procurando no dar ocasion á la porfia, dijo así:

A mí me llaman Juanillo el de Provincia; el por qué oirás, si estás atento. Nací y me crié en Madrid, corte del gran Júpiter español el Cuarto Filipo, solo con el abrigo de una pobre madre, pues padre no conocí; crióme á sus pechos, por ser madre entera, pues la que pare y no cria no se lo puede llamar; pasaba la vida con harto trabajo; llamábame amado hijo, y algunas veces añadia el de carísimo; renombre que entendí algo tarde, pues cuando llegué á alcanzar estos puntos, ya era muchacho adocenado en años, como en compañía los valientes del milagro. Era el renombre que

me daba de carísimo porque de mi parto pasó muchos dolores, y con gran pesadez me trajo en sus entrañas; parióme doblado, y á mí entender fué dar fin á mis dobleces, que, aunque es fruta del tiempo, en mi vida la he usado ni tenido. Tuvo grande mal en los pechos, que la prolija enfermedad no la dejó hasta que la cortaron el uno, en cuya enfadosa cama vendió cuanto tenia; con mucha brevedad seria, porque el caudal del pobre siempre se parece á su dueño. Llegó á tanta pobreza, que la necesidad la sujetó á pedir por Dios; no es afrenta, que la afrenta es negarle el socorro al pobre que le pide. Perdóname, amigo, la turbacion que me ha causado el sentimiento, deshecho en lágrimas, no por verme pobre, solo ha sido el acordarme del estado á que vino mi madre. Acudia á los oficios de provincia, llevándome en sus brazos; y su mucha humildad y la inocencia mia, engastada en cariñosos agrado, hallaron caridad. En estos sitios acuden los ministros del tribunal de los alcaldes de casa y corte de su majestad, y entre muchos que quitan, no faltaba quien nos socorriese, y como el agradecimiento vive entre los pobres, que desembarazados de la confusion del tener conocen á quien les hace bien, mi madre, agradecida al socorro que allí hallaba, se aplicó á barrer los oficios todas las mañanas, que son unos puestos donde asisten de dia y de noche los ministros en cuanto no tienen que hacer, ó salen á buscar á los que de noche buscan lo que aun no se ha perdido. Con este afan, mi madre cobró voluntades, y yo hallé amor, pues muchas veces me vi en brazos de alguaciles y escribanos, y no me iba mal, pues como en la niñez cualquier meneo es gracia, y un buen natural granjea las voluntades, me daban dádivas, y yo conocia á quien era franco conmigo, y me arrimaba á él así que le via.

Ya la edad iba dejándome andar, cosa que en el hombre no es tan notada como en la mujer, con que me iba aplicando á ayudar á mi buena madre; pues asiendo de la escoba, la quitaba parte del trabajo, dándole muchos gustos, pues todos me acudian, y yo la acudia con todo. No me enseñó mas entretenimiento para vivir que el que te he dicho; Dios se lo perdone, pues sin oficio me dejó en tantos laberintos con la puerta abierta para ser oficial de aventar parvas, siendo por mis pecados viento de ministros. Faltóme regalo, cariño, enseñanza y madre á un tiempo, quedando de diez años, edad, aunque poca, que ya conocia de toda costura, pues no era para menos el sitio donde me crié. Parecianme mal algunas cosas que via donde habitaba, y tal vez reprendia y era oido, que quien atiende á reprension de pocos años la escucha en chanza ó la toma como de niño, sin atender que ellos y los locos dicen las verdades. Quedé con el oficio de mi madre, y comia y bebia entre los que bien me querian, y de algunos llevaba ciertos golpes y bofetadas, y sabe Dios que lo digo sin pasion, que no es razon que en un pecho cristiano duren rencores que fueron dados sin causa; pero en el mundo que gozamos

¿qué mayor causa que decir verdades? Pero tal vez eran mis razones lanzas que herian sus corazones; que como los ojos enfermos no sufren la luz, tampoco el vicioso sufre la razon cuando la hiciere en su mala vida y costumbres; y como es en el hombre tan de su cosecha el dar en pago de un agasajo un mal galardón, á mí, que decia las verdades, me pagaban con castigo.

Fué Dios servido que un mozo gallego, de diferente alma que algunos que allí acuden, asistia en un oficio, usando el de escribiente; viéndome tan servicial, agudo, amigo de saber, y que mis razones daban muestra de capacidad, se aplicó á enseñarme á leer, y yo me di tanto á ello, que con poco trabajo lo conseguí; tenia lugar para todo, porque, como era hombre de buena conciencia, no le ocupaban mucho. No perdía la misa ningun dia, y algunas veces que estando en ella preguntaban por él, yo, como quien mas cuidado tenia con quien me hacia bien, respondia dónde estaba, á que decian algunos: Pues á la misa que le dé de comer. ¡Oh mal lenguaje en gente falta de entendimiento! Era, en fin, mi maestro hombre sano, y por no enfermar en estos puestos, procuró poco á poco el huir del contagio. Entre muchas liciones que le debo, era la mas ordinaria el decirme: No hagas burla de tus mayores, superior ó príncipe, que es gran pecado y es ultrajar á la misma justicia, pues el superior es el dueño de todo; no le niegues la debida cortesía ni lo que le toca ó pertenece, y repara en el castigo que da el cielo á los que usurpan el hacienda á su dueño, pues quitándole el poder, le oscurecen la estimacion que merecia, y para ejemplo procura saber la vida de Elio Seyano, valido de Tiberio, emperador romano, que habiendo merecido estatuas y gobernado el imperio su ambicion y soberbia, le castigó la burla que de su príncipe hacia, mostrándole presagios tristes, anunciadores de su muerte, y en breves horas el que mandaba á Roma y al mundo se vió arrastrar por sus calles y destruir sus estatuas, hallando en una, al ir á hacer pedazos para de su metal labrar instrumentos viles, dentro del hueco de la garganta un cordel, y del cuerpo salió una culebra, señales del juicio celestial, en que dice: Esto merece quien de su príncipe y señor hace burla, usurpándole la grandeza que merecia, sin reparar á lo que le obliga el nombre de valido, pues le dice: Mira que ese título te fuerza á llorar los trabajos de tu señor, que es el cargo que tienes, que balido es llanto, y el mas sincero animal, símbolo de la inocencia, cuando le oprime el sentimiento, bala, que en él es llorar, y así el nombre de valido quiere decir sentimiento y lágrimas. Estas y otras liciones semejantes me decia, y cuando se quiso despedir de mi compañía, me dijo: Juan, si acaso llegares á extremo de tomar estado de matrimonio, pues no sabes el bien ó el mal que para tí está guardado, mira que la mujer es una joya que, aunque propia, se ha de guardar con recato, usando de ella con mucho amor, y se ha de manosear sin que falte algo de sospecha licita dentro de tu pensamiento, pues hay algunas que, aunque las traten

bien, se bastardean, perdiendo de su intrínseco valor, y muchas que, tratadas con poca estimacion, se aburren y vienen á menos de lo que son; y así, el hombre avisado y cuerdo la ha de tratar con amor y caricia, sin fiarse de ella, como de enemigo que puede ofenderle si quiere; y en esto no me aparto de dar alabanza á la buena, llamando dichoso al que la tiene por consorte. Faltóme en fin, pues no hay cosa que no le tenga en este mundo; dió fin á mi enseñanza, dejándome, porque todos le dejaban, viéndole de extraña condicion á la suya; quedé segunda vez solo, sin su compañía, pues ya le había cobrado amor como á quien procuraba mi enseño y darme á conocer la luz de la razon, que es parte que necesita de maestro; solo el llorar se ejerce sin enseño, que es lo primero que se hace en naciendo, lición de la naturaleza en que representa los trabajos que nos esperan en el discurso de la vida.

Apliquéme, con el reconocimiento que la edad me concedia, á recoger de encima de las mesas el sebo que dejaban las velas que ardian de noche; hacia con esto dos cosas, mi provecho y limpiar lo asqueroso que deja el sebo derretido. Pasé algun tiempo deste modo, hasta que un hombre, que daba agua fresca por estos oficios, siendo el suyo aguador de un cántaro, reparando en que me lucia y pasaba la vida razonablemente, pareciéndole que la causa de mi lucimiento era el sebo que adquiria, por habérmelo visto vender algunas veces, se introdujo de aguador á medio bufon, que para serlo enteramente uno ha menester mucha gracia; decia algunas chanzas, aplaudidas de muchos tontos que allí acuden, bellacos solo para ejercer su oficio; pues la razon las mas veces no es como se dice, y es como suena, con que vino á dar gusto con sus mentiras, y yo disgusto con mis verdades. Ofrecióse á tomar la escoba y el cuchillo rabon; ejercialo con mas cuidado que yo, con que el cariño que me tenian se pasó á mirarme ya como cosa enfadada. ¡Oh vil novedad, lo que siempre has valido! El amor que hasta entonces había durado se trocó en amenazarme que, si no buscaba modo de vivir, me habian de meter en un calabozo y enviarme á servir al Rey. Apoderóse de mis flacas fuerzas el temor, que donde hay resistencia de poca edad, presto entra, con que medroso me ausenté una noche; y pareciéndome mucha ingratitud tanta ausencia de donde me había criado, así que el dia mostró sus luces me fui acercando á mis queridos lugares, aunque con harto miedo, cuando vi al que era causa de todo mi pesar, que ya estaba usando mi oficio. Te prometo que me sobrevino una tristeza tan grande, que me quedé como fuera de mis sentidos, en tal forma, que aun no determinaba si viviente ó bulto de piedra era, hasta que llegó á mí una mujer, que comó me vió suspenso tan de mañana, tirándome de un brazo, me dijo: ¿Qué haces aquí tan elevado, muchacho? ¿Buscas comodidad? Volví los ojos de una atencion confusa en que los tenia, y aplicándolos á quien me había preguntado, vi que era una mujer de mala cara, revuelta en una capa parda, y